

# LA REUNIFICACION ALEMANA

## HORIZONTES HUMANOS DE UN IMPERATIVO NORMATIVO

Tilman Waldraff

*Queridos alumnos,*

*Queridos amigos de este Instituto,*

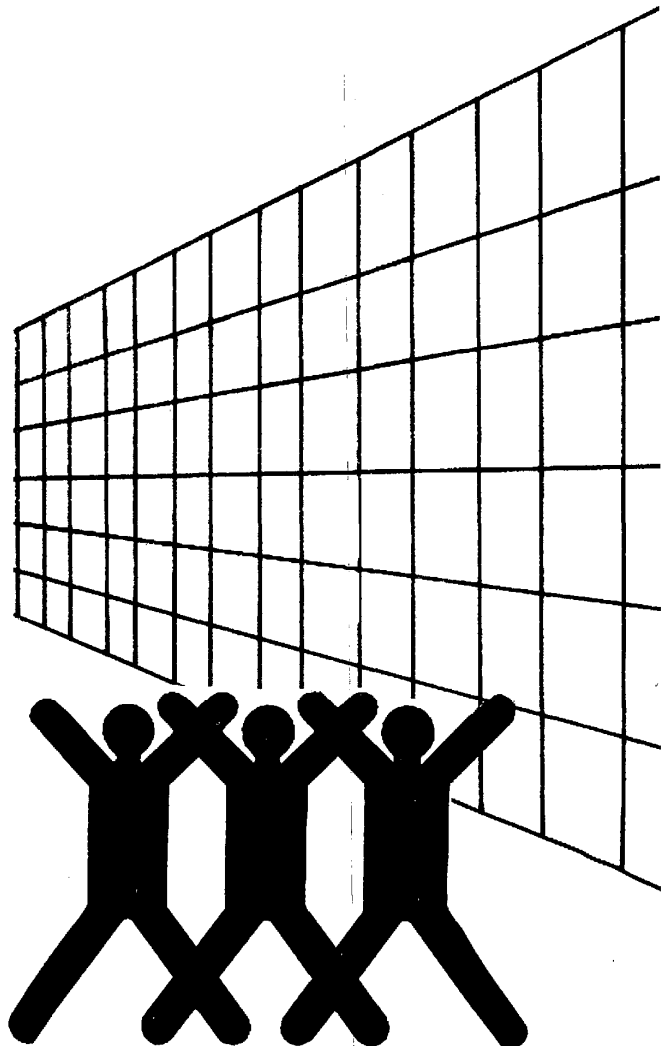
*Queridos colegas,*

Si hoy tuvieron algún problema para encontrar lugar en este auditorio, les puedo asegurar que esto no es nada en comparación con la dificultad para encontrar una casa, en el año de 1990, en el occidente de Alemania, en el territorio de la Ex-República Federal de Alemania; esto es para mencionar sólo uno de los problemas para los cuales aún no tiene solución la Alemania hoy constituida en su nueva forma, de la cual todavía ni sabemos cómo se va a llamar oficialmente.

¿Han escuchado lo que acabo de decir? Algo que a mí mismo todavía me cuesta trabajo imaginar y que, sin embargo, sé que es realidad desde hace unas cuantas horas —a saber, la Ex-República Federal de Alemania. No cabe duda: este es un día muy especial, es un día histórico para nosotros los alemanes— pero si es un gran día en nuestra historia, esto lo deberá mostrar el futuro.

Si tratara de imaginarme, con mucha fantasía, que México tuviera que festejar una unificación o reunificación, como lo llaman algunos, tal como lo festejan los alemanes (y con algo de esfuerzo se nos podría ocurrir, eventualmente, un lejano paralelo), y si, además, me imaginara cómo ustedes, los mexicanos, lo celebrarían, entonces pienso en fiestas —fiestas de todo tipo, fiestas en los salones de las instituciones oficiales, fiestas en

Palabras del Director del Instituto Goethe de México, el 3 de Octubre de 1990, ante profesores y alumnos, al ejecutarse ese día la norma del Preámbulo de la Ley fundamental de 1949: "La totalidad del pueblo alemán [es decir, tanto R.F.A como R.D.A.] es intimado a consumir, en libre autodeterminación, la unidad y libertad de Alemania".



todas las calles y plazas, fiestas en los clubes y hasta fiestas en las familias.

Los alemanes, pues, a lo mejor muchos sí habrán festejado la unificación de las dos partes; quizás un poco más en la parte oriental del nuevo país, quizás de una manera un poco más ingenua en el campo, sin cuestionar mucho lo que va ser de todo esto. En las ciudades —al menos así me lo imagino— tal vez más bien de manera agresiva, con ataques a aquellos que piensan de otra manera o a los que simplemente tienen otro pasaporte. Pero muchos, muchos alemanes no están tan seguros de si este día, sin duda especial, será realmente un día para festejar sin reservas, o si no será más bien el primer día de otros tiempos diferentes, más intranquilos e inseguros, más conflictivos, que tendrán que enfrentar los alemanes y cuyo rumbo nadie sabe exactamente.

Algunos pocos alemanes ya tenían sentimientos encontrados el nueve de noviembre de 1989, hace ya casi un año, cuando no sabíamos mucho de lo que sabemos hoy. Cito a uno de los más conocidos autores jóvenes de Alemania Occidental, Patrick Süskind:

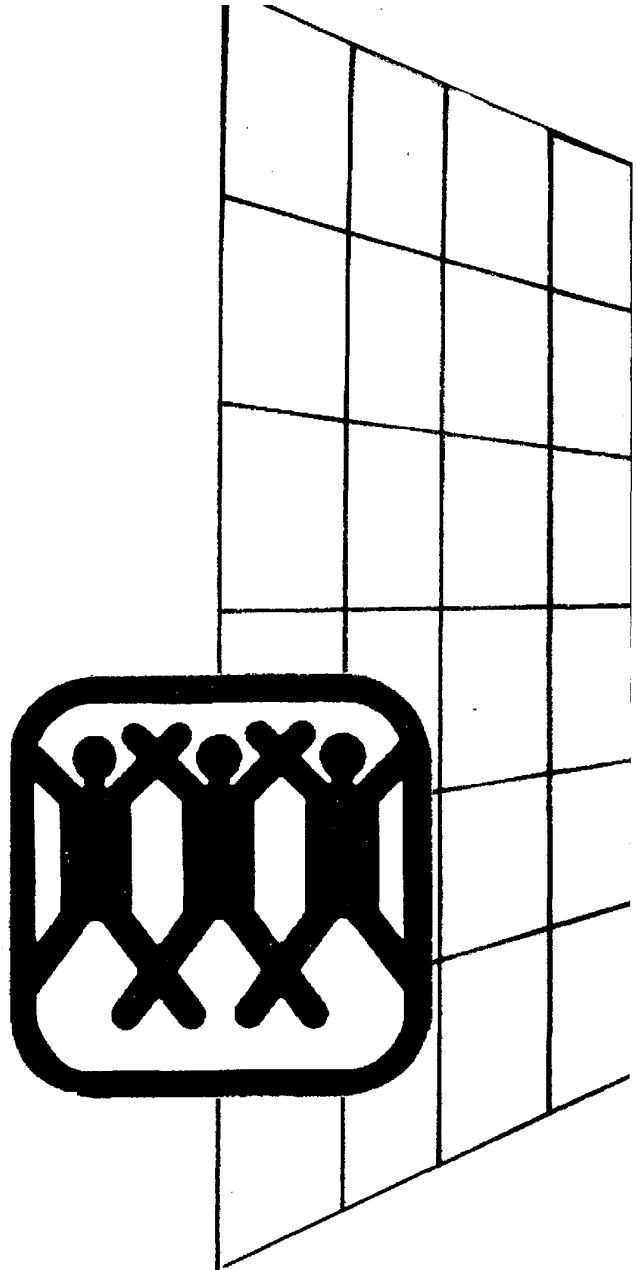
"El jueves 9 de noviembre de 1989, a las 19:15 horas —yo tenía entonces cuarenta años y dos tercios— oí en París en las noticias de la radio el corto comunicado de que el gobierno de Berlín Oriental había decidido abrir, a partir de la medianoche, la frontera con la R.F.A. y la frontera entre Berlín Oriental y Occidental.

¡Muy bien! pensé, por fin, algo se mueve. Por fin esta gente obtiene el derecho elemental a la libertad de movimiento. Por fin también la R.D .A. toma el camino de las reformas, la democratización y la liberalización trazado por Gorbachov, como antes lo hicieron Hungría y Polonia, como pronto lo harán probablemente Checoslovaquia y Bulgaria y ojalá un día también Rumania, que sufre bajo el más repugnante de los potentados orientales. Apagué la radio y fui a comer. El mundo estaba todavía en orden. Todavía podía seguir el ritmo de los cambios europeos, rápidos, pero aparentemente racionales y calculables. Todavía, hasta cierto punto, me sentía a la altura de la época.

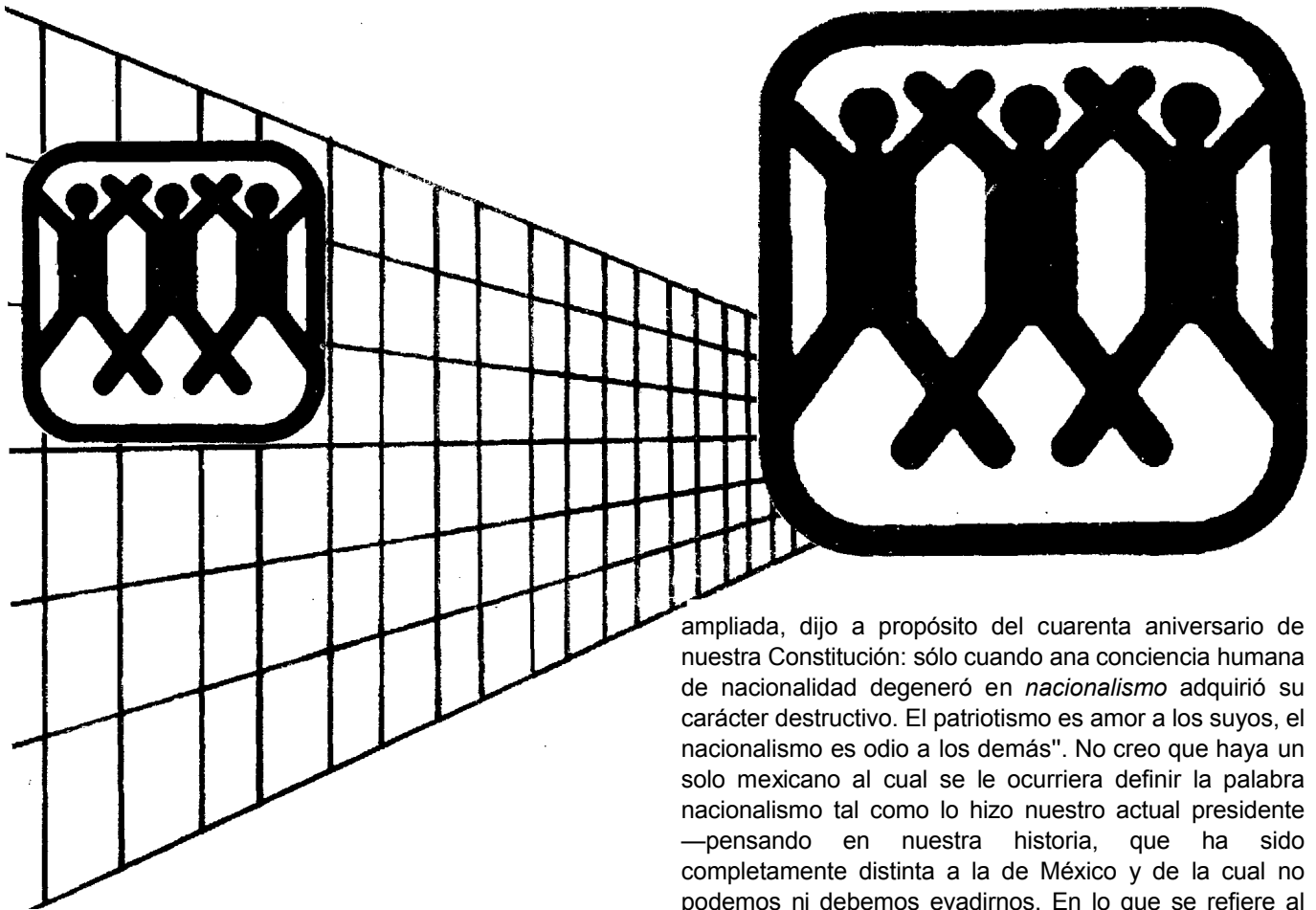
Pero ya no era así cuando, un par de horas después, regresé de comer. Prendí otra vez la radio, esta vez la emisora alemana. Di con un reportaje directo de Berlín, donde mientras tanto debió haberse desatado un ambiente carnavalesco, y oí una entrevista con el Alcalde de Berlín, Walter Momper, cuyos comentarios culminaron con la frase: "¡Esta noche, el pueblo alemán es el pueblo más feliz del Mundo!" Me quedé petrificado"

¿Por qué diablos "petrificado"? Había y hay una razón en el hecho de que este cambio fue completamente inesperado para todos y puso, sobre todo a los más jóvenes, ante una situación en la cual no habían pensado ni en sueños. Süskind lo dice de esta manera:

"Fue como si cuarenta años de socialismo se hubieran deshecho ante nuestros ojos. Algo semejante me pasó a



mí y —supongo— a no pocos de mis coetáneos. Si bien no cuarenta años de socialismo, pero sí cuarenta años del sólido orden europeo de la posguerra, aparentemente inamovible, se deshacían y se siguen deshaciendo ante nuestros ojos. En este orden habíamos crecido. Otro orden no conocíamos. No es que hayamos estimado especialmente este orden, sobre todo en lo que se refiere a su aspecto externo: la división del mundo en dos bloques militares enemigos y armados hasta los dientes; esto nos parecía perverso y peligroso, pero a la vez una consecuencia de la guerra mundial maquinada por la Alemania de Hitler, a la cual había que resignarse y la cual sólo se podía superar por medio de procesos seculares y paso a paso. Era lamentable, pero inevitable, que la cuenta de la guerra la tuvieran que pagar los hombres detrás de la cortina de hierro, como no fuera al precio de otra guerra aún más devastadora.



De un solo golpe, el centro de gravedad de Europa pareció moverse algunos cientos de kilómetros hacia el este. Donde antes había un muro desierto, al cual preferíamos dar la espalda, estaba abierta ahora una perspectiva poco común y abierta a los cuatro vientos. Y nosotros, atontados como vacas liberadas de unas rejas cerradas durante mucho tiempo, estábamos y estamos ahí y miramos con ojos redondos como platos en la nueva dirección y tememos tomarla."

Hay otras razones. Quizá la más importante y una que comparten las "cabezas reflexivas" de todas las generaciones de alemanes desde el fin del Tercer Reich es la siguiente: todos tenemos una relación perturbada con nuestra nacionalidad, nos cuesta trabajo tener un sentimiento nacional cualquiera que sea. Hoy por primera vez hice que izaran la bandera alemana, y créanme que fue una sensación muy rara para mí, y, estoy seguro, también para la mayoría de mis colegas alemanes. ¿Banderas? Hasta ahora, habían sido algo para Bonn, para las presidencias municipales, y cuando mucho, para algunos aficionados al fútbol en los juegos internacionales. Pero esto no se tomaba en serio, y en realidad no tenía nada que ver con nosotros.

En este contexto, me vienen a la cabeza los comentarios de dos de los presidentes de la República Federal de Alemania. Uno de ellos, Richard von Weizsacker, ahora ya presidente de la Alemania nueva,

ampliada, dijo a propósito del cuarenta aniversario de nuestra Constitución: sólo cuando una conciencia humana de nacionalidad degeneró en *nacionalismo* adquirió su carácter destructivo. El patriotismo es amor a los suyos, el nacionalismo es odio a los demás". No creo que haya un solo mexicano al cual se le ocurriera definir la palabra nacionalismo tal como lo hizo nuestro actual presidente —pensando en nuestra historia, que ha sido completamente distinta a la de México y de la cual no podemos ni debemos evadirnos. En lo que se refiere al "amor a los suyos" mencionado por von Weizsacker, uno de sus precursores, Gustav Heinemann fue aún más cauteloso: cuando se le preguntó si amaba a Alemania, contestó gruñendo: "¿Amar?, amo a mi mujer."

Todo esto es difícil para nosotros, y pienso que si mis colegas alemanes y yo estuviéramos hoy en Alemania, no estaríamos en una fiesta, y menos aún haciendo grandes alardes en las calles, sino más bien en un círculo pequeño de amigos. Quizás habríamos prendido la tele, miraríamos largamente y con cierta ansiedad las fiestas de los demás mientras se transmitieran, apagándola con fastidio cuando algún encopetado hablara de la "grandeza" de este día. Luego, tal vez nos tomaríamos una copa de vino juntos y no sabríamos qué decir.

Señoras y señores:

Potencialmente la nueva situación de Alemania y en Europa puede generar cambios para bien y para mal, y de seguro conlleva un montón de problemas.

Mis colegas y yo no estamos hoy en Alemania, sino aquí, con ustedes, con nuestros amigos mexicanos. De modo que pido a mis amigos mexicanos brindar junto con nosotros, los alemanes aquí presentes, porque se desarrollen las potencias positivas de esta mezcla de posibilidades, porque ese país en el centro de Europa tenga al menos un futuro llevadero y porque sea un buen vecino de sus vecinos, tanto los cercanos como los remotos, como por ejemplo México. ¡Salud!